

La demografía reta al Estado del Bienestar

■ A. S. A.

El INE nos ha puesto en guardia nuevamente con sus estimaciones frente a uno de los problemas sociales y económicos más serios a los que se enfrenta España y que tiene que resolver en las próximas décadas, como es el envejecimiento de la población, y desafío que supone para el mantenimiento del estado de bienestar, bastante perjudicado ya desde que se inició la crisis.

El **Instituto Nacional de Estadística** muestra en sus últimos datos que a partir del año que viene habrá más defunciones que nacimientos. Esta quiebra de la pirámide poblacional tendrá efectos en el sistema de pensiones, tal como están advirtiendo desde hace tiempo los expertos, en la **Sanidad**, la **Educación**, el mercado de la vivienda o la estructura social, por citar algunos ejemplos.

Se trata de una tendencia que no es nueva pero que ha pisado el acelerador en los últimos años por la crisis económica. Y es que la incertidumbre laboral retrasa o desincentiva la maternidad, lo que sumado al retorno a sus países de origen de los inmigrantes arribados que llegaron animados por la burbuja inmobiliaria y cuyos índices de natalidad eran claramente superiores a la media española, ha situado el número de nacimientos en mínimos históricos.

A todo esto hay que unir la ausencia de políticas públicas de apoyo a la familia ha acentuado ese declive. Sin embargo, la esperanza



La sociedad española envejece. F.M.

“Esta quiebra de la pirámide poblacional tendrá efectos en el sistema de pensiones, en la sanidad, la educación, el mercado de la vivienda o la estructura social, señalan los expertos”

de vida se ha mantenido al alza. El resultado todo esto es que España sufrirá un déficit de población a partir de 2015, un déficit quizá más difícil de resolver que el tan traído y llevado desajuste de las cuentas públicas.

La intensidad con que se está produciendo los movimientos en la demografía reduce también la efectividad de las pocas medidas preventivas que se han puesto en

marcha en los últimos años. Especialmente, la reforma de las pensiones sobre la que hay opiniones para todos los gustos.

La revalorización de las prestaciones, el gasto mensual ha aumentado hasta octubre un

3,1% respecto al año pasado, hasta 8.078 millones de euros, lo que, sumado a la pérdida de más de tres millones de cotizantes durante la pasada recesión, agrava el déficit de la Seguridad Social, que a finales de septiembre ascendía a 3.119 millones.

Por si fuera poco, al factor demográfico se unirá el próximo ejercicio el impacto de la inflación, que en caso de cerrar este año en tasas negativas, el **IPC** cayó en septiembre un 0,2%, provocará más tensiones de tesorería en las arcas del sistema público de previsión, ya que la última reforma del sistema aseguraba una revalorización mínima del 0,25%.

Lo sucedido con las pensiones demuestra que los desafíos demográficos no se solucionan con parches, sino que precisan políticas transversales a largo plazo. En este sentido, el plan de apoyo a la familia anunciado por el Gobierno debe centrarse en incentivar la natalidad y la protección de la infancia, no sólo por conveniencia social, sino también para apuntalar en cierta medida el futuro económico.

Además, las polémicas surgidas sobre la capacidad laboral de aquellas mujeres en edad fértil, no ayudan a resolver un problema que va a suponer que, en los próximos

50 años, si se mantienen las tendencias demográficas actuales, la pérdida de población ascenderá a 5,6 millones, con lo que se volverá a la población que había en el año 2000, aproximadamente.

El resultado demográfico de esta desaceleración poblacional será el relevante envejecimiento de la sociedad española. Los mayores de 65 años que actualmente representan el 17,2% de la población, pasarán a ser el 25% dentro de quince años y el 39,7% en 50 años. De esta forma en 2064 cuatro de cada diez personas residentes en España tendrá más de 65 años.

Y la población con más de cien años pasaría de los actuales 13.551

“La esperanza de vida de las mujeres subirá hasta los 87,7 años y la de los hombres hasta los 83, lo que es algo positivo porque vivir más no tiene por qué suponer hacerlo en malas condiciones”

personas a más de 372.000 dentro de 50 años, es decir el 0,68% de toda la población.

Lo cierto es que ya en 2015 se prevé que, por primera vez, haya más muertes que nacimientos. Una circunstancia, que se hará más agresiva a partir de 2045 y tendrá como consecuencia un saldo vegetativo negativo entre los que fallecen y los que nacen de ocho millones de personas hasta

2064. “El envejecimiento social va a hacer aun más insostenibles el desajuste en las cuentas públicas. Para mantener un cierto grado del denominado Estado del Bienestar, golpeado también desde otros frentes, España necesita movimientos migratorios fuertes”, explica **Rafael Uzquiola**, experto en Salud, Demografía y Sociedad, para señalar que la recuperación económica a la que estamos asistiendo supondrá el retorno a saldos migratorios positivos lo que va a aliviará la situación en cierta medida”

Y, aunque estos riesgos no están todavía a la vuelta de la esquina, los expertos indican que el desafío no es poco y que es necesario ponerse manos a la obra. Se trata de una tendencia incuestionable que ha puesto en evidencia la amenaza de sostenibilidad a corto-medio plazo. Las políticas que se tomen al respecto tardan su tiempo en ofrecer resultados de modo que no debería esperarse demasiado para ponerlas en marcha, explica Uzquiola que califica la demografía como un asunto pendiente.

La buena noticia es que la esperanza de vida de las mujeres habrá sumado tres años hasta los 87,7 y la de los hombres cuatro hasta los 83. Y es algo positivo porque, aunque en términos demográficos exista una mayor presión sobre la tasa de dependencia, vivir más no tiene por qué suponer hacerlo en malas condiciones. Otra cuestión es que los Gobiernos, las empresas y los ciudadanos, hagamos posible un modelo económico y social capaz de transformar en algo positivo los años que vamos a ganar de vida.

Crónica mundana

Brasil y Uruguay, estables pero con incertidumbre

■ Manuel Espín

Dos Estados fronterizos, Brasil y Uruguay, parecen haber votado por una continuidad de lecturas aparentemente paralelas. **Dilma Rousseff**, heredera política del carismático **Lula**, ha vencido por un estrechísimo margen de un 3% a **Neves**, que pese a aparecer bajo las siglas del Partido Socialdemócrata representa una forma de neoliberalismo, y que contó con el apoyo de la candidata ecologista **Silva**, antigua ministra de Lula, que ahora pedía el voto para la derecha. La victoria de Rousseff tiene un cierto regusto amargo. La candidata del **Partido de los Trabajadores (PT)**, una formación de izquierdas, de línea muy pragmática defensora de una economía mixta, logra la reelección gracias a los Estados más desfavorecidos donde la acción social de su gobierno ha sido más notoria, perdiendo por goleada el poderoso e influyente Sao Paulo, que concentra la industria y el poder económico, en manos del partido de Neves. Rousseff no tiene la imagen de Lula, ni dispondrá en esta legislatura de la mayoría que ostentó en las anteriores. Los escándalos de corrupción se cobran una poderosa factura, que esta vez también ha afectado a la Administración de la presidenta, lo mismo que la ralentización en el PIB. Sin esa mayoría, Rousseff tendrá que buscar pactos con pequeñas formaciones, frente a un poderoso Neves que en las elecciones sacó un notable 48,36% de votos.



D. Rousseff.

“Rousseff continúa en la presidencia de Brasil con una mínima ventaja, mientras los grandes Estados industriales le dan la espalda”

Más al sur, en Uruguay, también el **Frente Amplio (FA)**, una coalición de progresistas, católicos de izquierdas, socialistas y comunistas, tiene todos los visos de repetir por tercera vez mandato, tras la segunda vuelta de las presidenciales, en la persona de **Tabaré Vázquez** que ya fuera presidente antes de **Mujica**, el más sobrio y escasamente vanidoso de los jefes de Estado de América Latina. El FA, a cuyo frente aparecen varios antiguos tupameros, una guerrilla urbana

formada por jóvenes de clase media, activa en los días de la dictadura en los que Uruguay se alineó con la Argentina de **Videla** y el Chile de **Pinochet** en el siniestro batallón de las dictaduras del Cono Sur, bendecidas por **Kissinger**, ha sido especialmente pragmático en su acción de gobierno, de la misma manera que en Brasil con el PT se potenció una economía mixta, carente de la retórica de la “revolución bolivariana” de Venezuela. Ni siquiera la palabra “revolución” figura en el argot cotidiano de esta izquierda cuyos logros económicos han sido tan evidentes en Uruguay, igual que la estabilidad institucional, paralelos a sus conquistas sociales, en las que se ha sacado de la pobreza a casi una tercera parte de la población, hoy con una tasa de desempleo del 6%, envidiable para muchos países europeos; y dentro de un país que históricamente fue pionero en América en conquistas sociales, y reconocimiento de libertades y derechos a lo largo del XX. Sin embargo, el FA ha fracasado en un tema tan sensible como el de la pequeña delincuencia y la inseguridad ciudadana, antes escasamente conocida en Montevideo y otras zonas, y que ahora preocupa a una parte importante de la población. Esa percepción ha sido utilizada con cierta habilidad en su discurso por el candidato **Lacalle** del **Partido Nacional**, que asume los votos de la derecha, con el 30,9%, frente al 47,9 de **Tabaré Vázquez (FA)**, con todas las posibilidades

de ser elegido presidente en segunda vuelta. El FA, además, ha vuelto a lograr la mayoría absoluta en el parlamento.

La oposición tanto a Dilma como a Tabaré utiliza discursos y sobre todo imágenes muy parecidas: se presenta bajo un barniz tecnocrático, “ni de derechas, ni de izquierdas”, y una etiqueta de aparente “modernidad”. Dice estar “dispuesta a respetar los programas sociales implantados

“Tabaré tiene todas las posibilidades de ser elegido presidente de Uruguay en segunda vuelta, pero el Frente Amplio está obligado a eliminar el problema de la delincuencia como ha conseguido reducir de manera espectacular las tasas de pobreza”

por la izquierda” pero bajo “nuevas perspectivas”. En el sustrato de alguna de esas fuerzas se esconde un retorno a una política neoliberal que fue nefasta desde el punto social tanto para Brasil como para Uruguay. Las “izquierdas pragmáticas” de América Latina nunca se han alineado bajo la sombra de otras “marcas registradas” de las ideologías políticas, y en sus líneas coexisten distintas corrientes plurales y diversas. Sus resultados son

evidentes: tienen buenas relaciones con todos, incluido Estados Unidos, y han renunciado a una ortodoxia económica que podría haber sido letal. No son los tiempos de las retóricas –como las que sigue utilizando **Maduro**– y la apuesta por la tecnología y la sensibilidad medioambiental están en sus programas. Naturalmente, las reelecciones tienden a convertirse en autocomplacientes y en falsos espejismos, que suelen dar lugar a desastrosos segundos o terceros mandatos. En ambos países hay una oposición de una gran viveza a la que no se puede ignorar y con la que se deben buscar puntos de acuerdo en materias tan sensibles como la mejora de la educación o la lucha contra la delincuencia callejera. El éxito tanto de Rousseff como de Tabaré Vázquez en estos futuros mandatos depende de su habilidad para resolver los problemas buscando puntos de encuentro con la sociedad. Brasil es hoy la primera potencia económica de América Latina. De la mano de Lula pasó de ser un país enorme y no siempre bien articulado a una de las más claras estrellas emergentes a nivel mundial. Por su parte, Uruguay, la antigua “Suiza de América” ha tratado de retomar esa vieja identidad de pionera en derechos y libertades. El crecimiento de sus economías en ambos casos debe llevarse a cabo sin olvidar la necesidad de combatir la “brecha social” desde una posición que logre la mejora y la integración, básicamente a través de la educación y de la sanidad al alcance de todos los ciudadanos, y de un sistema tributario progresivo.